

EL HURACAN

SEMANARIO POLÍTICO.

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Librería de M. Roca, Constitucion (Borne) 90.

PRECIOS DE SUSCRICION:

4 rs. trimestre por adelantado; número suelto 4 céntos.

EL EJÉRCITO.

Se nos avisó por casualidad que en el número 854 de *La Correspondencia Militar*, había un conato de contestacion al artículo publicado en el número 8 del HURACAN que fué causa del secuestro y denuncia de este semanario. No teníamos el honor de conocer á esta señora *Correspondencia* bajo cuyas plantas nos acostamos desde hoy, mientras sea su peso de ordenanza. Sin embargo, nos atrevemos á advertirle que cuando vuelva á soplarnos á la oreja, tenga al ménos la delicadeza de avisar en nuestra casa, de lo contrario sentiremos en el alma pasar desapercibidos los ahogados acentos de una respetable señora que apenas se atreve á hablar.

Si á aquellas palabras: *espíritu y dignidad de los pueblos, légamo social para arrojárnoslo al rostro...* hubiese añadido, concretándose á España, algo de nuestra proverbial hidalguía, de los sacudimientos de melena del leon español y algunas otras cosas sobre las cuales podemos hablar y escribir mucho, la *Correspondencia Militar* y nosotros, el discorcillo hubiera sido de mejor efecto y encerrado más filosofía; pero á lo que pretende contestar lo hubiera dejado como ahora, intacto en sus columnas.

Al decirnos que nos desencadenamos contra el sentido comun no prueba que ella lo tenga muy encadenado, si no que tiene un descomunado sentido para andar por los cerros de Úbeda y conservar el espíritu de discusion para cuando no llueva. Bien sabe *La Correspondencia* la verdad que encierran las palabras que copia en sus columnas y bien debe saber que aquellas ideas expresadas con idénticas palabras se han promulgado en las doctrinas de todo un sistema político, del sistema federal en todas sus formas de propaganda; y ya que de propaganda hablamos seguiremos nuestra tarea trasladando á nuestras columnas algunos párrafos de lo que ha escrito sobre el ejército el consecuente repúblico y correligionario nuestro don Francisco Pí y Margall:

Queremos un ejército, pero voluntario. En tiempos normales el servicio militar constituye á nuestros ojos un servicio puramente administrativo; debe ser una profesion para los soldados como para los jefes. Contra la posibilidad de una guerra, basta para nosotros que se incluya en los cuadros de enseñanza el manejo de las

armas. Así no estamos ni por grandes ejércitos ni por grandes reservas. Queremos en pié solo la fuerza imprescindible para asegurar el orden nacional, guardar las fronteras y servir mañana de núcleo á las milicias de las provincias y los pueblos. Somos enemigos de lo que se llama la paz armada, y sobre todo de que se haga soñar á la nacion con aventuras que tanto contribuyeron á desangrarla y empobrecerla. Vivimos por fortuna alejados de los consejos y contiendas de Europa: á enaltecer la nacion por el trabajo y no por una mal entendida gloria debemos dirigir todos los esfuerzos.

Cien mil hombres bajo las banderas son cien mil brazos arrancados á la agricultura y á la industria, cien mil mujeres infecundas, cien mil consumidores añadidos á la turba de parásitos que cubren de miseria todos los pueblos de la tierra. Arrebatados por una suerte impía del seno de sus hogares, representan el desconsuelo de cien mil familias, cuando no su ruina. Ayer eran aun hombres activos y puros; vedlos hoy: *el ejército es en la paz la escuela del vicio, en la guerra la del crimen*; han perdido sus más bellos sentimientos. Observad, si no, como el pueblo teme instintivamente á los soldados.

Esos soldados creados para contrarestar toda invasion estraña, deberian ocupar las plazas fuertes de la costa y la frontera, tener siempre un pié en los límites del reino. Se tienen, no obstante, en la Côte y en las capitales de provincia. ¿Por qué? En la Côte y en las capitales de provincia, dicen los gobiernos, fermentan las ideas revolucionarias; ¿cómo las combatiríamos si no tuviésemos á mano las bayonetas ni las lanzas del ejército? Esos soldados sirven, por lo tanto para probar la fuerza de una idea. ¿La idea armada los vence? Se realiza en la esfera del poder y domina la nacion entera. ¿Es vencida? Ha de resignarse á vivir bajo la ley del sable. ¿Que organizacion la nuestra!

Tiene el ejército sus jefes, estos su ambicion y su partido. La division está en el mismo ejército. ¿Y se pretende dominar con él los antagonismos que han de existir inevitablemente en el terreno de las ideas? Sube un hombre al poder y declara de cuartel á todos los generales enemigos, de reemplazo á todos los jefes subalternos que puedan serle hostiles. ¿Qué adelanta con esto, sino gravar más y más el presupuesto? La ambicion de los nuevamente favorecidos crece, la disciplina se relaja, el soldado piensa, el espíritu de insurreccion cunde por cincuenta

batallones al primer motivo de alarma y descontento. Y ¿qué? Puede darse algo más vergonzoso para un país que tener sus instituciones y sus leyes al antojo de cincuenta ó de cien mil soldados?

El ejército, dadas sus actuales condiciones, no sirve decididamente ni á la revolucion ni al orden. Es para los gobiernos un apoyo peligroso, para los pueblos un azote, para las ideas una rémora, para la moralidad un escollo, para la economía nacional un imposible... La revolucion como todo buen gobierno no necesita de su apoyo.

Mañana, al soldado le desnaturalizarán, le desmoralizarán, le inspirarán odio por ese mismo pueblo de cuyo seno ha salido. No será ya un hombre, sino una máquina al servicio de sus jefes. Estará sujeto á la más dura servidumbre. Rotos los frenos de la disciplina, ¿qué fiera le llevará ventaja?

El ejército, tal como está organizado, no es ya solamente la institucion más cara, sino la más antisocial, la más funesta para el desarrollo de los intereses de los pueblos. No basta que se le reduzca y relegue á la frontera; se le debe mantener en una actividad continua; perfeccionarle, ya en la teoría, ya en la práctica de su arte; ocuparle en trabajos análogos; hacerle productivo. Habría de restablecerse, por otra parte, en él la dignidad del individuo, hoy tan ajada con mengua de la especie humana. Se pondera á menudo la nobleza de la carrera de las armas. No la adquirirá sino cuando deje de ser el instrumento de los gobiernos y se convierta en espada de la pátria; cuando ahjure su bárbara y sanguinaria disciplina; cuando enaltezca al último soldado; cuando se reforme.

RÁFAGAS.

¡FÉRIAS... Y FIESTAS!

IMITACION BÍBLICA.

El espíritu de Férias y Fiestas metióse en el chirumen de unos: y dió testimonio de sí en la forma de un periódico.

El entusiasmo se derramaba por medio de artículos: cada palabra era como el sonido de la trompeta del ángel; cada artículo hería como espada de dos filos.

Y el espíritu rafagueaba sobre el vecindario semejante á las dormidas aguas de una laguna: y á su impulso tomó movimiento, creyó, y esperó.

La crisálida se transformó en mariposa de esmaltadas alas: y quedó convertida en Junta organizadora.

Y sostenía con su potente diestra unas brillantes estrellas: y su resplandor significaba la luz que despedirían las Comisiones.

Los calientes, los frios, y hasta los tibios quedaron absortos; y todos cayeron á sus piés como deslumbrados.

Mas él levantó la voz diciendo: no temas pueblo de poca fé; yo soy quien puede mucho.

Cronistas, preparad las plumas para escribir las cosas que vereis: porque cosa igual no se ha visto ni se verá.

Y se cribó el grano, y el oro se depuró en el crisol de su inteligencia.

Y se sufrió en las sesiones preparatorias: y se tuvo resignacion y paciencia: pero no desfalleció el entusiasmo.

Se padeció tribulacion: y pasó el período de prueba: y pasaron los dias de Férias y Fiestas.

Y se conocieron sus obras; y todo fué admirado: porque verdaderamente fué cosa de admiracion.

Y despues que pasó todo dijo el Espíritu; este es mi poder: armaos de celo y preparaos para otra: conservad el entusiasmo.

Yo volveré á vosotros en tiempo oportuno; de nuevo volverán mis dias; entonces me comprendereis.

Y cayendo todos sobre sus rostros admiraron al Grande Espiritu de las Férias y Fiestas: y millares y millares decian en alta voz.

Digno es de nuestro agradecimiento: digno de honra, y de gloria, y de bendicion.

A toda la prensa local y del continente que se ha ocupado de nuestro tropiezo y deplorado nuestra herida le damos un millon de gracias. Cuando pase la gorda por nuestro barrio prometemos aguantarnos firmes, y entonces nos veremos las caras.

Los señores Sallerés hermanos nos han remitido una vista de Palma dibujo del pintor Sr. Ribas, que recomendamos eficazmente á nuestros suscritores, seguros de que si lo adquieren nos han de agradecer la advertencia. Nosotros por nuestra parte, agradecemos á los señores Sallerés un fino obsequio.

El trancazo recibido la semana pasada nos hizo perder la memoria hasta el punto de olvidarnos de dar cuenta de la multitud de invitaciones y regalos recibidos.

Primeramente hemos recibido dos planos, de Mallorca y Palma respectivamente, obsequio que debemos á su autor D. Pedro de Alcántara Peña.

Recibimos despues un ejemplar de la obra *Bosquejos Parisienses*, de D. Juan B. Enseñat, autor bastante conocido para que no necesite nuestros encomios. La obra es propósito para pasar un buen rato y por el precio de dos pesetas hace uno un viajecito—de memoria—á París en cada capítulo que lee.

En cuanto á bonos los hemos tenido de la *Cruz Roja* y de la Comision de Festejos. Invitaciones para la reparacion de premios á la virtud y el certámen literario y científico, para la exposicion de la Lonja y..... ¡la mar! ¿quién vá á acordarse de tanto regalo?

Gracias á todos señores míos y hasta otra.

El general Salamanca tiene ya proyectados los cargos que debe hacer en el Congreso contra el actual ministro de la Guerra; el capítulo ocupa cinco pliegos de papel.

Se nos figura mucho papel ese, añade un colega. En nuestro concepto, habría bastante con el de un cigarro para *despachar* al general *Martinez Campos*.

Una protesta más.

«Como católico, apostólico romano y carlista (no se desboque V. hombre) en mi nombre y el de mi familia (y el de todos sus ascendientes hasta Adán y Eva. ¿No tiene V. perro y gato?), protesto con toda la energía de que es capaz un corazon español contra el salvaje atropello que tuvo lugar en Roma en la noche del 12 de Julio próximo pasado.

¡Viva el Papa-Rey!—José María Redondo y Velez.»

¿Cuántas veces ha almorzado V. con Savalls y Santa Cruz?

El señor marqués de Sardeal reconoce la compatibilidad de la dinastía reinante con las ideas de los demócratas monárquicos.

El Sr. Sardeal fué condecorado por la dinastía reinante con la cruz de San Fernando pensionada con dos mil duros anuales, por servicios que su suegro prestó!

Vamos; vale la pena ser condescendientes; el pobre Sardeal lleva la cruz al hombro y no se queja de los malos tiempos. Con resignacion y fuerza de voluntad un hombre como el marqués de Sardeal se aviene á todo.

Cuarenta mil duros en sellos se han robado, nada ménos, en la Administracion económica de Murcia.

Algun mal intencionado creará enseguida que la *irregularitis* es una enfermedad endémica del fusionismo por aquello de los 2.000 rs. del ministerio de la Gobernacion y algunas otras *tonterías* que malas lenguas han querido suponer; pues van equivocados, y hasta casi juraría que aquellos sellos deben ser para pagar suscripciones de periódicos.

Los señores Castelar y Martos han protestado estupidamente contra la forma del juramento y se han declarado republicanos. Ya podemos decir, como el pintor de San Antonio: hé aquí el cerdo y hé aquí el Santo.

Es juego de chiquillos que no nos estraña; lo estraño es que el Sr. Martos se haya declarado al fin republicano. Vamos, hombre, ya era hora.

Señores fusionistas ¿por qué no combateu Vds. ahora el juramento? Venga V. acá señor Navarro, y endilguenos un discurso, con todo aquello de conciencia, libertad de cultos y otras zarandajas por el estilo.

¡Cómo cambian los tiempos!

El solitario de Llanes, el hombre misterioso, el Excelentísimo Sr. D. José Posada Herrera, ha sido elegido Presidente del Congreso.

Esta vez si que no se han seguido los trámites de costumbre y que se siguen siempre que D. José ha de enseñar la punta de las orejas.

Para ser elegido D. José presidente del Congreso, era de cajon que marchara de Madrid á Llanes, que pasaran quince días en súplicas, que pusieran en pié una brigada de escribientes, que emborronasen una gruesa de resmas de papel, escribiendo cartas (por supuesto misteriosas, á fin de que toda España sintiese un dolorcillo en el estómago hasta el día que se tuviese noticia de su contenido), que el ministerio fuera á sacarlo de Llanes por las orejas despues de haber pasado dos meses y mandado cincuenta emisarios, y el entretanto pasan nueve meses, el Congreso se abre y

La situacion

Pare un raton.

Es decir, queda nombrado D. José, presidente.

En vano la envidia ladra
que el gran Posada ¡oh ventura!
ha dado ya con la cuadratura.

BRISAS.

UNOS Y UNAS.

ESCENAS DRAMÁTICAS.

IV.

Figúrense Vds. una sala pero ¿que necesidad tengo yo de describir á Vds. el salon? Bastará y sobrá con que les haga hacer conocimiento con los personajes que prepararon mi semi ruina.

Y sobre todo no vayan á hacer Vds. comparaciones.

Era el tal primo de doña Pacífica un indiano que frisaba en los cincuenta años; en lo físico un Sancho Panza, en lo moral un alcornoque, sea dicho todo sin intencion de ofenderle. Habia hecho una regular fortuna vendiendo clavo y especias en la isla de Puerto-Rico, y el oficio se le habia asimilado de tal manera que era difícil ver otra cosa en su humanidad rolliza.

Su esposa (tal hombre no puede vivir solo) era el semejante más semejante que la naturaleza habia criado; una záfia extremeña capaz de darle un bofeton al más remilgado Adónis ó al más varonil cabo de gastadores, de genio acre y atrabiliario, quejumbrosa por temperamento y tan amiga del rapé como las viejas de las murmuraciones y del despellejamiento del prójimo.

¿Creerán Vds. que por esto eran mis buenos señores ménos considerados? pues se equivocarian si tal creyeran; eran ricos ricos!! ¿saben Vds. lo que puede tan sencilla palabra? No hay imán dotado de tanto poder de atraccion, ni herinosura tan simpática. Así es que los primos de doña Pacífica daban sus reuniones, tenian sus salones abiertos, su tertulia y sus tertulianos, y sus glotonos y sus gorristas, dicho sea vulgarmente.

Pero vamos al grano; el grano se me apareció en forma de un jóven muy elegante, que dos minutos despues de mi entrada en el salon, tomó del brazo á mi esposa para distinguirla, según más tarde supe, por mucho que yo no quiero entrar en tales distinciones.

Pero, procedamos por orden. En la reunion habia gente distinguidísima, comparada con un miserable empleado con ocho mil reales de sueldo. Dueños de tiendas de ultramarinos, militares, aspirantes á diputados, algunos que ya lo eran, periodistas, un banquero y no tronado, médicos, ingenieros, abogados, en fin, toda clase de gente *decente*, aunque no aseguraria que fuese de la *buena sociedad*; todos confundidos y revueltos, estrujando materialmente á sus respectivas esposas, adoradas, amigas ó etcetera. El salon era pequeño.

Don Pascual, tal se llamaba el primo de mi amiga doña Pacífica, me hizo un recibimiento régio. Zafio podrá ser el tal caballero, pero á cortés nadie le gana.

—Esta noche podrá divertirse V. poco, me dijo estrechándome las dos manos. Nos falta el tenor de fuerza que está resfriado, y la tiple ligera que se encuentra en el último mes de su embarazo. Pero de todos modos procuraremos que pase V. alegremente el rato.

En este momento habia llegado nuestro coloquio, cuando una nota del piano, nos dió á entender que comenzaba la música. Separóse de mi don Pascual, y yo fui á arrinconarme, pareciendo que no queria perder una nota; pero en realidad para poder mejor ver, por donde paraba mi esposa que no aparecia.

Comenzó la sinfonía y entre notas y sudores distinguí á mi cara costilla sentada en un corro de señoras, acom-

pañadas de apuestos caballeros. Oí despues elevarse algunas voces y al mismo tiempo distinguí al lado de mi mitad al jóven elegante que me la habia materialmente robado al entrar en el salon. Despues ya no vi ni oí nada; la cólera se apoderó de mi humilde persona y temblé de puro nervioso.

V.

No sé cuanto tiempo estuve dominado por la enfermedad; debí estarlo bastante, cuando doña Pacífica me despertó de la siguiente manera:

—Pero señor mio, V. no da señales de vida. Por amor de Dios, venga V. á divertirse un momento; su esposa está que trina.

—Mi esposa! la interrumpí violentamente; mi esposa estará mejor al lado de aquel caballero que al lado de su marido. Que trine y que rabie, que yo la detesto... y señores, las lágrimas se me saltaban con presión de diez atmósferas.

—Pero mi buen amigo, V. no conoce á la sociedad.

—Ni quiero, si lo primero que tiene que intentar es separarme de mi esposa.

—¿Pero V. no conoce que es de mal tono eso de que los casados estén siempre pegados el uno al otro, y sobre todo en las reuniones en donde se viene para divertirse.

—Ojalá señora mía; será porque la sociedad supone que una carcoma moral está descomponiendo poco á poco la union y la moral de los matrimonios, y busca compensarles el disgusto, regalándoles una libertad relativa. Sí, sí, comprendo la teoría, no es preciso tener mucho talento para comprenderla; pero yo reniego de ella, y entre paréntesis, tenga V. la bondad de hacerme venir á mi mujer, porque de aquí me marcho para no volver jamás, pues quiero estarme tranquilo en casa.

—Calma, amigo mio, calma, seria ridículo que V. se marchara en este momento. Mire V. y vea cuantas personas han advertido su cólera y su mal humor ¿que pensarán si le ven á V. abandonar el salon?

—Tiene V. razon sobrada; pero al menos deme V. un medio para poder tocar el final, una ocupacion que me distraiga.

—Vaya V. á reunirse con los jóvenes, allí en aquella sala de la izquierda. Pero una observacion antes de separarnos. ¿V. sabe bailar?

—No lo probé nunca, señora.

—Como! un caballero tan elegante?

—Todo lo que V. quiera; pero no soy danzante ni bailarín. ¿Porqué lo decía V?

—Por nada absolutamente. Adios, diviértase V. don Guerrero.

VI.

¡Don Guerrero! pensaba yo al dirigirme á la habitacion que me habia señalado mi ángel malo. Reírse interiormente la hipócrita al regalarme tan sonoro y retumbante nombre. Don Guerrero sin fuerzas para aponerse á que un mequetrefe le lleve y traiga á su esposa por un salon y se divierta á mi costal

Y ella doña Pacífica de los mil diablos, que pacíficamente hace transijir á uno con el ridículo de acompañar á su costilla para que los otros rian, canten y bailen. ¡Buena pacificacion te canta, si has encendido un volcan en mi pecho!

VII.

Y ya estoy entre los jóvenes. Todos muy apuestos, muy elegantes, muy corteses; pero todos murmuradores como mujercillas; parece imposible que esta gente tenga

fuera de aquí una ocupacion seria. Aquí se ocupan solamente del prójimo; y de que manera! ¿Y de quien hablan ahora? ¡Hablan de mí! ¡pobre Guerrero! ¿donde te metiste?

—Es un misántropo. Huye de la sociedad como de la peste y es lástima pues se dice que es chico de talento.

—Y tiene una esposa bella y amabilísima, que con facilidad podria abrirle todas las puertas y todos los salones.

—Aprieta! buen pasaporte! pensaba yo.

—Felipe está derretido; ha perdido la noche miserablemente enamorándola, y aunque es seductor y ducho no creo que consiga gran cosa. La chica es amable pero me parece sólida.

—Gracias valiente! dírate mil abrazos por el bien que me haces!

—No hay que fiar; la mujer es débil y más esta, abandonada de su marido, que no canta ni baila, ni tiene ningun atractivo ni habilidad para lucirse.

Agua va y aguanta, Guerrero, que esta será la primera y la última.

VIII.

—Don Guerrero dice un criado á mi espalda.

—¿Que hay de nuevo?

—Unas señoras desean hablar con V. un momento.

Aparece doña Pacífica y la señora de la casa.

—Caballero, me dice esta. He sabido por mi prima Pacífica que V. no baila, lo que he sentido; pero por esta razon me he adelantado á sus deseos para que su bella esposa no tenga que privarse de tan ameno pasatiempo. Mi sobrino Felipe del Palo de la Cucaña será su pareja, si V. lo permite. Favor que rendidamente espera su etc.

Anda salero, ¿se esperaban Vds. esta pildora? ¿Y qué contestan Vds. á ella? Tiene unos modos de exigir la sociedad: unas maneras tan amables de arrojar á Vds. al abismo!

¿Con que mi esposa va á bailar, con otro que no soy yo? Pues hombre, vale más tomarlo á broma. Tal vez de esto dependa mi felicidad. Pero á lo menos vamos á presenciario.

IX.

Mucha orquesta, mucho ruido, mucho meneo de pié y poca estabilidad de cerebro. Una multitud de parejas pasan ante mis ojos; en sus rostros se lee la satisfaccion. Ahí viene mi cara mitad ¡maldicion! como la atrae el indigno! como se abandona ella! que sonrisa tan amable la dirige! Moral, trae tu batuta, dirige á esos ébrios, y vela su sueño despues, cuando cansados y rendidos se dejen caer en brazos de Morfeo. Cúbrelos con un velo tupido para que no se constipen ¡su salud es la salud de la sociedad! ¿Qué sería una sociedad sin bailarines? Y sobre todo, no te olvides de poner por montera al edificio la siguiente inscripcion: *aquí duerme la paz del siglo.*

X.

Y, estoy en mi casa, enfermo. ¿Green Vds. que no hay para tanto? Pues pruébenlo. Mi esposa está retirada en mi escritorio. Está leyendo un programa de vida que he escrito, y cuyo primer artículo dice:

«Mientras la sociedad siga este camino, te reunirás con tu marido, con el perro y con el gato, y bailarás con las sillas si te place.»

Y hasta otra queridos lectores y amables lectoras.